Philip K. Dick

TIEMPO DESARTICULADO

minotauro

1

Desde el congelador, situado en la parte trasera de la tienda, Victor Nielson hizo rodar un carrito cargado de patatas de invierno, dirigiéndose a la sección de verduras del departamento de alimentación. Empezó a dejar caer en un cubo casi vacío las patatas nuevas, inspeccionando una de cada diez en busca de piel dañada e indicios de putrefacción. Una patata grande cayó al suelo y se inclinó para recogerla; al hacerlo, miró más allá de los mostradores de control, las cajas registradoras, los expositores de paquetes de tabaco y barras de caramelo, y vio la calle a través de las amplias puertas de cristal. Unos pocos peatones pasaban por la acera, y a lo largo de la calle percibió el resplandor de la luz del sol reflejada en el guardabarros de un Volkswagen que abandonaba la plaza de aparcamiento de la tienda.

–¿Era mi esposa? –le preguntó a Liz, la estupenda muchacha texana que estaba de cajera en aquel momento.

–No, que yo sepa –contestó Liz, marcando en la caja registradora dos cartones de leche y un paquete de carne magra de ternera picada. El anciano cliente frente al mostrador buscó la cartera en el bolsillo de la chaqueta.

–La estoy esperando –dijo Vic–. Cuando aparezca, avísame. –Margo debía llevar a Sammy, su hijo de diez años, al dentista para que le hiciera un examen con rayos X. Como era abril, época de pagar los impuestos, la cuenta de ahorros estaba extraordinariamente baja, y él temía los resultados del examen con los rayos X.

Incapaz de soportar la espera, se dirigió al teléfono público situado junto a la estantería de sopas enlatadas, dejó caer la moneda y marcó.

–Hola –dijo Margo.

–¿Lo has llevado?

–Tuve que telefonear al doctor Miles y postergar la consulta –respondió Margo, inquieta–. A la hora de comer recordé que hoy es el día en que Anne Rubenstein y yo tenemos que llevar la petición a la Junta de Salud; debemos presentarla hoy porque, según nos hemos enterado, ya se están asignando los contratos.

–¿Qué petición?

–Para obligar al municipio a que limpie esos tres solares con cimientos de casas viejas donde los niños juegan al salir de la escuela. Es un peligro. Hay alambres oxidados, planchas de cemento rotas y...

–¿No podías haberla enviado por correo? –interrumpió él. Pero por dentro sentía alivio. A Sammy no se le caerían los dientes en un mes; no era urgente llevarlo al dentista–. ¿Cuánto tiempo estarás allí? Eso quiere decir que entonces no me llevarás a casa.

–No lo sé –dijo Margo–. Escucha, querido: hay un montón de señoras en el salón... Estamos pensando en detalles de última hora que queremos que se tengan en cuenta cuando presentemos la petición. Si no te puedo llevar a casa, te llamaré hacia las cinco. ¿De acuerdo?

Cuando hubo colgado, se acercó a la caja. No había clientes y Liz había encendido un cigarrillo. Le sonrió con simpatía.

–¿Cómo está tu chico? –preguntó.

–Bien –dijo él–. Probablemente aliviado de no tener que ir.

–Mi dentista es un viejecito de lo más dulce –gorjeó Liz–. Por lo menos debe de tener cien años. No me hace el menor daño; sólo raspa un poquito y ya ha acabado. –Apartó los labios con la uña esmaltada de rojo de su pulgar y le mostró un empaste de oro en una de las muelas de arriba. Un aliento de cigarrillo y canela se difundió rápidamente a su alrededor cuando se inclinó a mirar–. ¿Ves? –dijo–. ¡Del mismo tamaño

que todo lo que salió, y ni el menor daño! ¡No me dolió lo más mínimo!

No sé qué diría Margo, pensó Vic, si entrara por la puerta de cristal electrónica y me viera observando el interior de la boca de Liz, en una nueva actitud erótica no registrada todavía en los informes Kinsey.

Por la tarde, la tienda había quedado casi desierta. Normalmente pasaban muchos clientes por las cajas, pero hoy no. La crisis, supuso Vic. Cinco millones de parados en febrero de este año. Está afectando a nuestro negocio. Se dirigió a las puertas de entrada y observó el tránsito de la acera. No cabía duda. Menos gente que de ordinario. Todos en casa contando sus ahorros.

–Nos espera un mal año para los negocios –le comentó a Liz.

–Oh, ¿a ti te preocupa? –curioseó Liz–. La tienda no es tuya; sólo trabajas aquí, como los demás. Lo único que pasa es que no hay tanto trabajo. –Una cliente había empezado a descargar artículos de comida sobre el mostrador; Liz los registró en la caja sin dejar de hablar con Vic por encima del hombro–. En cualquier caso, no creo que vaya a haber ninguna depresión; son sólo habladurías de los demócratas. Estoy harta de que esos demócratas carcas quieran hacer creer que la economía se está hundiendo o algo por el estilo.

–¿Tú no eres demócrata, siendo del Sur?

–Ya no, desde que me trasladé aquí. Éste es un estado republicano, así que soy republicana.

La caja registradora hizo un sonido metálico y se abrió el cajoncillo del dinero. Liz puso los artículos de comida en una bolsa de papel.

En la acera de enfrente de la tienda, el letrero del American Diner Café le hizo pensar a Vic en el café de la tarde. Quizá ésta fuera la mejor hora.

–Volveré dentro de unos diez minutos –le comunicó a Liz–. ¿Crees que puedes cuidar el fuerte sola?

–Oh, claro –contestó Liz alegremente mientras sus manos recogían el cambio–. Vete tú primero, así yo puedo salir más tarde y hacer algunas compras que me hacen falta. Vete ahora.

Con las manos en los bolsillos, abandonó la tienda y se detuvo en el bordillo esperando que se produjera un corte en el tránsito. Nunca iba al cruce de la esquina; siempre cruzaba por el medio de la manzana, directamente hacia el café, aunque tuviera que esperar unos minutos en el bordillo. Era una cuestión de honor, un signo de virilidad.

Estaba sentado en el apartado del bar frente a la taza de café, dándole vueltas distraídamente con la cucharilla.

–Un día lento –dijo Jack Barnes, el vendedor de zapatos de la sección de ropa para hombres de Samuel's, que se le acercó con su taza de café. Como siempre, Jack tenía un aire mustio, como si hubiera estado hirviendo o asándose todo el día dentro de su camisa de nailon y de sus pantalones–. Debe de ser el tiempo –opinó–. Unos pocos días agradables de primavera, y la gente empieza a comprar raquetas de tenis y cocinas de camping.

Vic tenía en el bolsillo el folleto más reciente del Club del Libro del Mes. Él y Margo se habían hecho socios hacía varios años, por la época en que habían pagado el primer plazo de una casa y se habían mudado a ese tipo de barrio en el que se les atribuye gran valor a esas cosas. Sacó el folleto, lo desplegó sobre la mesa y lo puso de modo que Jack pudiera leerlo. El vendedor de zapatos no demostró ningún interés.

–Hazte socio de un club de libros –le propuso Vic–. Mejora tu intelecto.

–Yo leo libros –alegó Jack.

–Sí. Esos libros en rústica que compras en el *drugstore* de Becker.

–Lo que este país necesita es ciencia, no novelas –replicó Jack–. Sabes de sobra que esos clubes de libros venden novelas de sexo sobre pequeños pueblos en los que se cometen crímenes sexuales y toda la porquería sale a la superficie. Yo a eso no lo llamo contribuir a la ciencia americana.

–El Club del Libro del Mes también ha distribuido la *Historia* de Toynbee –dijo Vic–. Podrías empezar por leer eso. –Para él, eso era como un dividendo; aunque no había terminado de leerlo del todo, reconocía que era una obra literaria

e histórica fundamental, digna de figurar en su biblioteca–. De cualquier modo –continuó–, por malos que sean algunos libros, nunca lo son tanto como esas películas de sexo con adolescentes, esas películas de competición de coches de James Dean y toda esa pandilla.

Moviendo los labios, Jack leyó el título de la actual selección del Libro del Mes.

–Una novela histórica –dijo–. Sobre el Sur. La época de la guerra civil. Siempre te ponen por delante ese tema. ¿No se cansan nunca las viejas que pertenecen al club de leer eso una y otra vez?

Hasta entonces, Vic no había tenido oportunidad de inspeccionar el folleto.

–No siempre compro lo que proponen –explicó. El libro recomendado era *La cabaña del tío Tom*. De una autora de la que jamás había oído hablar: Harriet Beecher Stowe. El folleto elogiaba el libro como una valiente exposición de la trata de esclavos en el Kentucky anterior a la guerra civil. Un honesto documento de las sórdidas y atroces prácticas cometidas contra indefensas muchachas negras.

–¡Vaya! –exclamó Jack–. Quizá esto me guste.

–Nunca se sabe por la propaganda –dijo Vic–. Todos los libros que hoy se escriben se anuncian de esta forma.

–Es cierto –asintió Jack–. Ya no hay principios en el mundo. Recuerda los tiempos de antes de la segunda guerra mundial y compáralos con los de ahora. Qué diferencia. No había la falta de honradez, la delincuencia, la inmoralidad y las drogas que ahora nos invaden por todas partes. Muchachos que estrellan coches, esas autopistas y las bombas de hidrógeno... y los precios que suben sin parar, como el del café. Es terrible. ¿Quién se queda con el botín?

Discutieron el asunto. La tarde transcurrió, lenta, aburrida, sin que apenas sucediera nada.

A las cinco, cuando Margo Nielson cogió rápidamente su abrigo y las llaves del coche y salió de la casa, no se veía a Sammy por ninguna parte. Estaría jugando, sin duda. Pero no tenía tiempo de buscarlo; debía recoger a Vic en seguida o, de

lo contrario, él pensaría que no iría y cogería el autobús de vuelta.

Volvió en seguida a casa. En el salón, su hermano, que bebía cerveza de la lata, levantó la cabeza y dijo:

–¿Ya estás de vuelta?

–Todavía no he salido –dijo ella–. No encuentro a Sammy. ¿Puedes vigilarlo mientras yo esté fuera?

–Claro –dijo Ragle.

Pero su cara daba tales muestras de cansancio, que inmediatamente ella olvidó que debía salir. Sus ojos enrojecidos e hinchados la seguían apremiantes; se había quitado la corbata, se había arremangado la camisa y, mientras bebía la cerveza, el brazo le temblaba. Esparcidos por todas partes en el salón los papeles y las notas destinados a su trabajo formaban un círculo del que él era el centro. Ni siquiera podía escapar; estaba rodeado.

–Recuerda, tengo que llevar esto al correo y despacharlo más o menos a las seis –señaló Ragle.

Frente a él, sus materiales formaban un montón a punto de derrumbarse. Venía recopilándolos desde hacía años. Libros de referencia, cartas, gráficos y todos los formularios del concurso que había enviado por correo, un mes tras otro... los había reducido de distintos modos para poder estudiarlos. En este momento estaba empleando lo que él llamaba unidad exploradora de «secuencia»; utilizaba copias opacas de los formularios en las que el punto dejaba pasar la luz, que resplandecía con la forma de una mota. Haciendo pasar los formularios en orden, podía ver la mota en movimiento. La mota de luz rebotaba dentro y fuera, arriba y abajo, y para él sus movimientos constituían una estructura. Para ella, no la formaban en absoluto. Pero ésa era la razón por la que él ganaba. Ella había participado en el concurso en dos ocasiones y no había ganado nada.

–¿Cuánto has adelantado? –preguntó ella.

–Bueno, lo tengo situado en el tiempo –respondió Ragle–. Cuatro de la tarde. Ahora, todo lo que tengo que conseguir... –hizo una mueca– es situarlo en el espacio.

Clavado sobre el gran tablero de madera contrachapada estaba el formulario del día sobre el cuadro oficial que el pe-

riódico procuraba. Centenares de cuadrados minúsculos, cada uno de ellos numerado por orden y columna. Ragle había marcado la columna del elemento temporal. Era la columna 344; ella vio el alfiler rojo clavado en ese punto. Pero el espacio... Eso era más difícil, según parecía.

–Déjalo por unos días –le instó ella–. Descansa. Te has esforzado demasiado los dos últimos meses.

–Si lo dejo –continuó Ragle garrapateando con el bolígrafo–, perdería un montón de puntos. Perdería... –Se encogió de hombros–. Perdería todo lo que gané desde el 15 de enero. –Utilizando una regla de cálculo, trazó una confluencia de líneas.

Cada formulario que presentaba se convertía en un nuevo dato para sus materiales. Y, por tanto, le había dicho a ella, cada vez eran mayores las posibilidades de estar en lo correcto. Cuanto más avanzaba, más fácil le resultaba. Pero en cambio, le parecía a ella, sus dificultades eran cada vez mayores. «¿Por qué?», le había preguntado un día.

–Porque no puedo permitirme el lujo de perder –le había explicado él–. Cuantas más veces acierte, más habré invertido.

El concurso se prolongaba. Quizá hasta había perdido la pista de sus inversiones, la creciente montaña de sus ganancias. Siempre ganaba. Era un talento y había hecho buen uso de él. Pero le era una carga nociva esta diaria tarea que había empezado como una broma o, en el mejor de los casos, como un modo de ganar un par de dólares a cambio de un acierto. Y ahora no podía dejarlo.

Supongo que eso es lo que quieren, pensó ella. Logran involucrarte, y quizá no vivas lo bastante para cobrar. Pero él había cobrado; la *Gazette* le pagaba regularmente los formularios con la respuesta correcta.

No sabía a cuánto ascendía la suma, pero serían unos cien dólares a la semana, según calculaba. De cualquier modo, con eso se mantenía. Pero trabajaba muy duro, incluso más que si hubiera tenido un empleo regular. Desde las ocho de la mañana, hora en que les dejaban el periódico en la galería, hasta las nueve o las diez de la noche. La constante investigación. El refinamiento de sus métodos. Y, sobre todo, el miedo continuo de cometer un error. De enviar un formulario con la respuesta equivocada y quedar descalificado.

Tarde o temprano, los dos lo sabían, tenía que ocurrir.

–¿Quieres un café? –preguntó Margo–. Te prepararé un bocadillo o algo antes de marcharme. Sé que no has comido nada.

Concentrado, hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

Dejó el abrigo y el bolso, se fue a la cocina y buscó en la nevera algo para darle de comer. Cuando llevaba los platos a la mesa, se abrió la puerta trasera de un golpe y apareció Sammy y un perro de los vecinos, ambos alborozados y sin aliento.

–Has oído la puerta de la nevera –dijo ella–, ¿no es cierto?

–Estoy hambriento, de verdad –respondió Sammy jadeante–. ¿Puedo comer una hamburguesa congelada? No tienes por qué cocinarla; la comeré tal como está. Sabe mejor así... ¡dura más!

–Vete al coche. En cuanto le prepare un bocadillo al tío Ragle, nos vamos a la tienda a recoger a papá. Y llévate a ese perro de aquí; ésta no es su casa.

–Muy bien –accedió Sammy–. Seguro que puedo comer algo en la tienda.

La puerta se cerró con estrépito y él y el perro desaparecieron.

–Lo encontré –le dijo a Ragle cuando le llevó el bocadillo y un vaso de sidra de manzana–. Así que no tienes por qué preocuparte por él; lo llevaré conmigo al centro comercial.

Aceptando el bocadillo, Ragle dijo:

–¿Sabes?, creo que me iría mejor si apostara a los caballos. –Ella rió.

–No habrías ganado nada.

–Quizá.

Empezó a comer reflexivamente. Pero no probó la sidra de manzana; prefería la cerveza caliente de la lata que venía sorbiendo desde hacía poco más o menos una hora. ¿Cómo puede resolver esos intrincados problemas matemáticos y beber cerveza caliente?, se preguntó mientras recogía el abrigo y el bolso y salía precipitadamente de la casa hacia el coche. Parecería que eso puede enturbiarle el cerebro. Pero está acostumbrado. Durante el servicio militar adquirió el hábito

de atiborrarse de cerveza caliente un día tras otro. Él y un compañero estuvieron dos años confinados en un minúsculo atolón en el Pacífico a cargo de una estación meteorológica y un transmisor de radio.

El tránsito del atardecer, como siempre, era intenso. Pero el Volkswagen se deslizaba entre las aberturas y no se demoraba. Los coches de mayor tamaño, más torpes, parecían empantanados, como grandes tortugas terrestres varadas.

La inversión más inteligente que nunca hayamos hecho, se dijo a sí misma. La compra de un pequeño coche extranjero. Y no se gastará nunca; esos alemanes construyen con precisión. Sólo había tenido una avería de poca importancia en el embrague, y eso sólo en quince mil millas... pero nada era perfecto. En el mundo entero. Desde luego, no en el día de hoy en esta era, con las bombas de hidrógeno, los rusos y los precios en alza.

Apretado contra la ventanilla, Sammy dijo:

–¿Por qué no podemos tener uno de esos Mercs? ¿Por qué tenemos que tener un cochecito pequeño que parece un escarabajo? –Su disgusto era manifiesto.

Sintiéndose ultrajada –su hijo, un traidor, aquí mismo, en su regazo–, ella dijo:

–Escucha, jovencito; tú no sabes absolutamente nada de coches. No tienes que pagar plazos ni abrirte camino entre este endemoniado tránsito, ni limpiarlos. De modo que puedes guardarte tus opiniones.

Malhumorado, Sammy objetó:

–Es como un coche para niños.

–Di eso a tu padre –dijo ella–. Cuando lleguemos a la tienda.

–Me da miedo –repuso Sammy.

Ella giró a la izquierda en contra del tránsito olvidando señalarlo y un autobús le dirigió una serie de agudos bocinazos. Malditos autobuses gandules, pensó ella. Delante estaba la entrada del aparcamiento de la tienda; cambió a segunda y avanzó por la acera dejando atrás el vasto letrero de neón que decía:

SUPERMERCADO CENTAVO FELIZ

–Hemos llegado –le dijo a Sammy–. Espero que no se haya ido ya.

–Entremos –exclamó Sammy.

–No –dijo ella–. Esperaremos aquí.

Esperaron. Dentro de la tienda, los empleados de las cajas terminaban con una larga cola de personas diversas, la mayor parte de las cuales empujaba carritos de acero inoxidable. Las puertas automáticas se abrían y se cerraban, se abrían y se cerraban. En el aparcamiento los coches se ponían en marcha.

Un hermoso sedán Tucker de color rojo brillante navegó majestuoso junto a ella. Tanto ella como Sammy lo siguieron con la mirada.

–Envidio a esa mujer –murmuró. El Tucker era un coche tan rotundo como el VW, y al mismo tiempo maravillosamente estilizado. Aunque, por supuesto, demasiado grande como para ser práctico. Con todo...

Quizá el año próximo, pensó. Cuando sea el momento de cambiar este coche. Aunque no se cambia un VW; se conserva para siempre. Por lo menos los VW son muy estimados como coches de segunda mano. Podemos recuperar su valor.

En la calle el Tucker rojo se internó en el tránsito.

– ¡Vaya! –exclamó Sammy. Ella no dijo nada.